

ya nunca hacia atrás, ajeno ya a la tiranía del tiempo, recibiré el beso del sol y gozaré con el recuerdo de los hombres que me han precedido y con la esperanza de aquellos otros que no tardarán en acompañarme. Soy feliz porque ahora sé que el desvarío del hombre es limitarse a ser hombre y su sabiduría alzarse por encima de su propia condición para llegar a ser dios»¹⁸. Bruno es la lucidez extrema: la imagen acabada del hombre que ha vencido su condición. Cuando se da cuenta de que no tiene otra elección, rechaza, radicalmente, la realidad aparente, y despojado de cualquier atisbo de humanidad, entra en la nada. No es extraño el auténtico pánico que las huellas de su desaparición deja en los demás hombres. Lo que para los otros es locura, para él es la posesión definitiva de la felicidad. Eufórico, dirige sus pasos por la noche sin amanecer, hacia el lugar de los elegidos donde podrá degustar, finalmente, la plenitud primigenia.

Tomás entabla, quizá, la contienda más desesperada. Su vida se desliza, inevitablemente, en el vértigo de la aceleración final. La enfermedad se ha apoderado de su cuerpo sin permitirle escapatoria posible. Consciente de su situación, no atiende a ninguna esperanza de curación. Tampoco se resigna al curso de los acontecimientos y planta cara a la muerte inminente. Argullol nos presenta, con Tomás, un rostro distinto como destino: fatalidad. Tomás deberá lidiar con ella, luchar contra un imposible. En su última travesía, reclama la complicidad de Gabriel, de la amistad. Juntos arrancan en un viaje hacia el postrer confín. Entonces Argullol, magistralmente, nos presenta Tarifa, nexo de convergencia entre el viaje interior y exterior, lugar fronterizo, lleno de luz, corrientes impetuosas, donde dilucidar el instante final. Para Tomás será ese último instante, el crucial en su existencia. Intuye que podrá vislumbrar, por un segundo, su vida entera. De este modo, la memoria se convierte en juez máximo y dios todopoderoso:

He meditado mucho acerca de cuál era este momento y ahora creo saberlo. Debe de haber un instante, un segundo, una fracción de segundo antes de la muerte en que la memoria es la circunstancia suprema de nuestra vida. Es nuestro auténtico juicio final. La memoria de nuestra existencia, agolpada en ese pequeño instante, es el dios todopoderoso que salva o castiga.

La voz de Tomás vacila:

Me gustaría que tú fueras el testimonio de ese momento¹⁹.

Gabriel, involucrado en el devenir de los acontecimientos, temeroso del papel que destino le ha designado —ejecutor final—; sin todavía saberlo, se ve arrastrado por una fuerza que desconoce hacia un imprevisible desenlace²⁰:

Tomás ya no disimula que está hablando de sí mismo. La Enfermedad le incita a un nomadismo arriesgado mediante el cual cualquier movimiento es una huida y cualquier refugio es una frontera. Su insistencia a este respecto, roza el paroxismo. ¿Huida hacia dónde?, ¿frontera de qué? En ningún momento, durante estos dos meses, ha querido atender a expectativas de curación. No ha querido oír hablar de ello. Y, sin embargo, tampoco acepta resignadamente el curso de lo que llama su mal. Quizá sigue confiando en su voluntad frente a su mismo cuerpo, como si se tratara de establecer un desafío entre ellos. Si es así, ¿cuál es el próximo paso? Nuestro

¹⁸ Argullol, op. cit., (1), pág. 251.

¹⁹ Argullol, op. cit., (9), pág. 50.

²⁰ Argullol, op. cit., (9), pág. 128.

viaje, estoy seguro, forma parte de él. También yo. Desde un principio lo he sabido y lo he aceptado, aunque desconozco mi función. ¿Respirar asimismo, como él, este aire fronterizo?

Tomás necesita estar en incansante movimiento. Su huida es siempre hacia adelante, la enfermedad apremia. Arrastrado por el desarraigo completo, es el nómada perfecto. No pertenece ya a ningún lugar y en su territorio se ha desdibujado todo entorno. El viaje, únicamente, el viaje le ayuda en la acometida final. Tomás representa el espacio de frontera. Su combate se libra al límite de sí mismo, apurando al máximo, utilizando las armas de que dispone en un viaje sin retorno. Necesita hacer recuento de lo que ha sido, intentar detener, de alguna manera, la vida que se le escapa. También, requiere imperiosamente, un cómplice que lleve a cabo el gesto final:

Mi dedo índice rodea suavemente el gatillo mientras retumba en mi cabeza una carcajada. Tomás diría: la carcajada del dios borracho.

El viento se ha calmado de repente. Disparo²¹.

3. El Héroe y el Único

Con Leonardo, Bruno y Tomás ensamblamos una concepción de hombre: el héroe. Descubrimos en los tres sus características fundamentales. Sin embargo, en cada uno de ellos se manifiesta de modo singular algún rasgo fundamental. Leonardo es un buscador de belleza, Bruno ansía conocimiento. Tomás es la fugacidad. Cada cualidad tiene un trasfondo distinto. El de la belleza es el abismo; el del conocimiento es el simulacro; el de la fugacidad, la frontera. Así, pues, el uno se da con el otro, y, por consiguiente, no hay belleza sin la contemplación del abismo, conocimiento sin simulacro, fugacidad sin frontera. Pero podríamos cambiar, indistintamente, de cualidades sin producir gran quebranto porque a Leonardo, también, le impulsan conocimiento y fugacidad. ¿No es acaso la belleza el conocimiento más fugaz? Bruno es, asimismo, un buscador de belleza, ¿cómo alcanzar sino el conocimiento? Tomás es la fugacidad porque desea detener ese instante ese conocimiento donde está condesada su vida entera. Podríamos seguir intercambiando atributos entre los distintos protagonistas descritos por Argullol, y, al final, encontrarnos con la figura completa del héroe. En este factible intercambio entre las cualidades de los distintos protagonistas y con esta configuración global que, a través de los mismos, podemos hacer de la figura del héroe, Argullol consigue cotas creativas, realmente, encomiables. Sí, los personajes de Argullol tienen el estigma del héroe. Marcados por un destino trágico, están abocados a un imposible de alcanzar: un Único.

Para hallar la explicación, permítaseme entrar en un registro distinto, aprovechando la ductilidad de la obra de Argullol, pero de igual sintonía. La encontramos en los ensayos de Argullol, principalmente, en *El Héroe y el Único (El espíritu trágico del Romanticismo)* (1982), sin duda, uno de los estudios mejor logrados, en lengua castellana, sobre el romanticismo.

²¹ Argullol, op. cit., (9), pág. 163.

El universo creativo de Argullol tiene en el romanticismo y en la figura del héroe —según mi parecer— discutible, sin duda, dos de sus ejes fundamentales. Argullol ha dedicado parte de su estudio al espíritu romántico. No nos puede extrañar, pues, que los personajes que él crea estén impregnados de este espíritu.

El Héroe y el Único está dividido en tres grandes apartados: el primero, «Introducción: El Resurgimiento del Yo», nos introduce, como el título indica, a la idea del Yo. El Yo que tuvo su punto de arranque en el Renacimiento y con el romanticismo uno de sus momentos más brillantes, influyendo, decisivamente, en la formación del espíritu moderno: «Antes del Romanticismo, el Renacimiento fue el gran momento histórico de eclosión del Individuo. Por eso sería bueno retener de manera permanente al juzgar la formación del pensamiento moderno, la idea de que el Romanticismo fue en gran parte renacentista, y el Renacimiento, en enorme medida, romántico»²². El Yo es la gran conquista romántica.

Supone una manera distinta de ver el mundo, una revolución radical cuyo centro es la conciencia. El hombre toma posesión de sí, indagando en las raíces de su interioridad y erigiéndose en análisis de sí mismo. Con este esfuerzo, el romanticismo pone al descubierto una sensibilidad diferente, un hombre que vive el conflicto radical del pensamiento trágico moderno:

En la insuperable combinación de desencanto y energía, de destrucción y de innovación, de patetismo y heroicidad, en la profunda percepción de lo limitado de la condición humana y en el imposible titanismo hacia lo infinito, se puede reconocer que el movimiento romántico es la auténtica raíz de todo el pensamiento moderno²³.

En el segundo apartado, «El Yo Heroico-Trágico de la Razón Romántica: Hölderlin, Keats, Leopardi», Rafael Argullol traza la singladura de los poetas y pensadores que adoptaron la razón romántica. Su investigación se sustenta, fundamentalmente, en las obras de Hölderlin, Keats y Leopardi. Ellos fueron los que mejor mostraron, en sus escritos, el conflicto entre el Héroe y el Único. El héroe es el hombre que al descubrir la conciencia, palpa la limitación de la condición humana, pero aun así, no cesa en su empeño por alcanzar lo imposible, representado por el Único. En el caso de Empédocles, héroe hölderliano, es mediante una instancia mítica personal —el «Espíritu de la Naturaleza»— donde el Único toma forma. Con ella intenta superar la tragedia del hombre. Como bien demuestra Argullol, Hölderlin encuentra en la tragedia griega —Sófocles, principalmente— (Shakespeare, Keats) y en Platón, los referentes básicos para construir su obra. Pero, en su análisis, Argullol, con razón, va más allá: «...pudiendo afirmarse sin exageración alguna, que es imposible encontrar ningún poeta, afín al pensamiento romántico, que no hubiera introducido en varias de sus obras argumentos de corte platónico»²⁴. Vemos, pues, patente la importancia de Platón y la tragedia para el espíritu romántico.

¿En qué consiste el héroe? La figura del héroe es extensamente trabajada por Argullol. Entre los rasgos que describe de la figura del héroe, si hay alguno que lo caracteriza de modo peculiar, es su disposición de combate. Por ello, Argullol pone

²² Rafael Argullol, *El Héroe y el Único*, Madrid, Taurus, 1982, pág. 13.

²³ Argullol, op. cit., (22), pág. 34.

²⁴ Argullol, op. cit., (22), pág. 53.